

RESEÑA

LOS ORÍGENES DEL LENGUAJE
Puente Ferreras, Aníbal y Gabriela Russell
Madrid, Alianza Editorial, 2006, 335 páginas.

Sebastián Agudelo
Universidad del Valle, Colombia

Cuenta Heródoto que el rey egipcio Psamético I (664 – 610 adC) encomendó a un pastor la labor de cuidar a dos niños recién nacidos en aislamiento y sin dirigirles palabra, con el propósito de que sus primeros vocablos fueran en la lengua originaria. Con esto, Psamético I pretendía conocer cuál era el pueblo más antiguo. Al cabo de dos años, el pastor advirtió que los niños a su cargo habían hecho suya la palabra *bekos*. Indagando su procedencia, el rey egipcio llegó a la conclusión de que el pueblo frigio era el más antiguo, pues con este nombre llamaban al pan.

La idea de que habría un código originario que reposa en lo más profundo de todo hombre es usual en muchos relatos –incluido el de la ciencia. Los mitos han sido el lugar privilegiado para hacer del hombre el portador exclusivo del mayor de los dones divinos. De entre ellos, el libro del Génesis ha sido el más difundido en la sociedad Occidental y fue acaso el más aceptado hasta que el proyecto moderno de la Ilustración emprendió la merecida inquisición de los relatos bíblicos. Fichte, Humboldt y Herder, entre otros, aportaron elementos e hipótesis a las nuevas ciencias del hombre para tratar la naturaleza de su competencia verbal.

Los nuevos esfuerzos fueron a menudo nuevos abusos a la materia. La especulación fue casi tan abundante como el número de monografías, de suerte que en 1866 la Sociedad Lingüística de París resolvió que en lo sucesivo no admitiría « aucune communication concernant, soit l'origine du langage, soit la création d'une langue universelle ».

Por cerca de un siglo la lingüística se encargó de temas diferentes y dio vía libre a que otras ciencias expusieran sus conjeturas sobre los orígenes del lenguaje. Teoría evolutiva, psicología, arqueología, paleontología y ciencias de la información hacen parte de las disciplinas que se encargaron de este tema. El veto afectó tanto los intereses de la lingüística que Bickerton (1994, vol. 5, p. 2881) escribió que “con muy pocas excepciones, solo a partir de principios de los noventa han tenido los lingüistas el coraje de meterse con este tema. En consecuencia la discusión ha estado estorbada por la ingenuidad lingüística de los estudiosos de otras disciplinas que han abordado estas cuestiones”.

La ingenuidad no fue, sin embargo, el único aporte de los estudiosos de las otras disciplinas. Diferentes instrumentos, paradigmas y niveles de investigación fueron implementados, permitiendo de esta manera que el estudio de los orígenes del lenguaje fuera multidisciplinario por excelencia.

La proliferación de estudios es también una angustia para el neófito que se interesa en el tema. A este público se encuentra dirigida la obra de Aníbal Puente y Gabriela Rusell que aquí reseñamos. Puente, profesor e investigador de la Universidad Complutense de Madrid y Rusell, profesora de la Universidad de Quilmes de Argentina, han querido recoger las consideraciones, a su juicio, más preponderantes para lograr introducir al público no especializado en los ejes capitales del estudio de los orígenes del lenguaje.

Su libro, bien estructurado y escrito en un lenguaje sencillo, guía con destreza al lector por las sendas fragosas de las ciencias del lenguaje. El índice es una prueba del interés por alcanzar un estado de la cuestión por medio de un diálogo crítico con el sinfín de autores que invitan en más de 300 páginas. Alcanzar un estado de la cuestión no implica, claro está, la solución del problema. De hecho, esto es lo que piensan Puente y Rusell cuando dicen creer que *ninguna teoría* podrá jamás explicar con exactitud *cómo evolucionó el lenguaje* (p. 27). Su veredicto no es, sin embargo, una censura, de tal suerte que su tarea es enriquecer la reflexión.

Dividido en 7 capítulos, a los que hay que sumar prólogo y epílogo, es de notar que Puente y Rusell han tenido en cuenta aspectos biológicos, psicológicos y lingüísticos en su compendio. En el primer capítulo, intitulado “Biología y aprendizaje”, los autores discuten las relaciones que una especie mantiene con otras especies y con su medio. Dos patrones antagónicos sirven para interpretar la información: el que da exclusividad a la crianza y el que agota en la herencia los recursos del comportamiento. El conductismo de B. F. Skinner es la base de los discursos que mantienen la primera hipótesis. En *The behavior of organisms* (1938), Skinner sostiene que sin importar su posición taxonómica todo organismo es, en su umbral, una *tábula rasa* que selecciona comportamientos a partir del tipo de incentivo que produce su práctica: si la experiencia es placentera el organismo muy seguramente buscará la manera de volverla a vivir.

Una posición contraria, opinan Puente y Rusell, es la mantenida por la etología. Para esta ciencia del comportamiento el concepto de instinto es elemental, puesto que este es un mecanismo de *programación genética* que no solo determina las conductas de un individuo (especie), sino también los tipos de estímulos exteriores que le son significativos, es decir, de los que puede aprender. La efectividad de un condicionamiento o de un aprendizaje depende tanto de si “el estímulo y la respuesta [esperada] pertenecen al mismo campo o modalidad sensorial” (p. 39) como de la acogida que pueden brindarle las estructuras biológicas del individuo.

Si ni innatismo ni empirismo logran explicar por sí solos las disposiciones motrices, ni que decir de sus intentos asilados por explicar la capacidad lingüística.

El siglo veinte se ha batido en dos posiciones que se pueden simplificar, acaso con abuso, en la sostenida por Chomsky, por un lado, y en la que desarrolla Skinner, nuevamente, del otro. En *Verbal behavior* (1957), Skinner aplica su método conductista al estudio del lenguaje toda vez que este es, a su modo de ver, un comportamiento motor. De ahí que intente revelar el aprendizaje del habla en el infante por medio del esquema *estímulo-refuerzo-privación* que tiene lugar en un entorno particular. Chomsky (1959) consagró una reseña de este libro a exponer las enormes lagunas del enfoque skinneriano en el estudio del lenguaje y, más tarde enseñaría con detalle sus propios pareceres acerca de la facultad lingüística humana. A pesar de las críticas de Chomsky, por muchos años reinaron proyectos conductistas que buscaron enseñar diferentes códigos de comunicación a chimpancés con el objeto de conocer si nuestra proximidad era, además de zoológica, simbólica. Los avances en esta línea son ciertamente modestos, aunque no desdeñables. Más adelante volveremos sobre ellos.

Puente y Rusell se permiten rastrear el espíritu dualista, que enfrentó las tesis de Skinner y las de Chomsky, hasta los inicios de la época moderna y recuerdan que la oposición entre *memes* y *genes* que se mantiene en la actualidad no difiere en esencia de la que otrora mantuvieron empirismo y racionalismo. El designio de los autores es, ante todo, bosquejar una síntesis muy general que comprenda estas perspectivas; de no ser así la ciencia se verá dogmatizada, al tiempo que justificará haberse convertido en la plataforma de muchos discursos políticos malintencionados. Damasio (2000) es uno de los elegidos para cumplir esta tarea. Puente y Rusell recuerdan las palabras de Damasio que versan que un organismo posee un gran número de rasgos no determinados epistemológicamente –sino estructuralmente, si se quiere- que se configuran en relación con el ambiente; entre estos menciona los sectores modernos del cerebro. A este tipo de dinámica entre genes y ambiente se le llama “radio de reacción”. La prohibición del incesto, por ejemplo, es resultado de esta dinámica. En ella participan aspectos de interrelación social, apego, canje y biología (De Waal, 1993) que impiden reducir el problema a una sola variable.

En el segundo capítulo, “¿Somos los únicos que hablamos?”, Puente y Rusell abordan los sistemas de comunicación humanos y los de los (demás) animales desde el punto de vista de la lingüística. Hay que notar aquí la especial atención que recibe la llamada *paradoja de la continuidad*, señalada por Bickerton (1990), como prueba de la diferencia fundamental entre códigos humanos y animales. La consideración de que el lenguaje humano sería el resultado de la evolución paulatina de un código animal es paradójica toda vez que el código que pudiese haber dado vida al lenguaje no ha sido encontrado; no hay por tanto indicios para atribuir a ningún animal la paternidad de nuestro hablar. La diferencia entre el lenguaje y los códigos animales es tanto cualitativa como cuantitativa. El número de palabras de un hombre ordinario supera por miles el de un chimpancé perspicaz y la estructura del lenguaje de aquel se distingue en términos fonológicos, morfológicos, sintácticos, semánticos, pragmáticos y tecnológicos

de la naturaleza de los códigos animales. Junto con este nivel lingüístico, los autores destacan en su reflexión el hecho de que más que un sistema de comunicación, el lenguaje es un sistema de representación. Sobre él estructuramos nuestra consciencia y el mundo que nos rodea; tanto así que el lenguaje determina la manera en que el mundo nos llega a los ojos. El lenguaje es una interpretación del mundo (Lee Whorf 1941).

El tercer capítulo (“Biología del lenguaje”) se encarga de desarrollar algunos elementos del lenguaje desde el punto de vista de la biología. Las reflexiones de Chomsky son nuevamente investidas de la mayor autoridad, más aún pues el lenguaje es a su modo de ver una entidad propia, un órgano, más que un instrumento del pensamiento. El lenguaje no es algo que se enseña formalmente. Chomsky plantea que debe existir un dispositivo de adquisición del lenguaje (LAD, por sus siglas en inglés), seguramente ubicado en el encéfalo (Chomsky 1968), que determina la manera en que un niño se hace de su lengua materna independientemente del tipo o calidad de modelo verbal o estímulo que tenga. Incluso si este es pobre, el niño logrará hacerse del código, siempre que no supere el *periodo crítico* de aprendizaje. El LAD contiene los elementos gramaticales universales que conforman, en diferentes configuraciones, todas las lenguas existentes. El papel del niño consiste en develar los datos sensoriales a partir de los conceptuales que le son inherentes. Con todo, la creatividad que cada uno posee es responsable de que a partir de finitos elementos del corpus gramatical universal, una lengua pueda engendrar infinitas configuraciones. La sintaxis recibe gran atención en esta hipótesis porque explica que a pesar de las ambigüedades que pueden resultar en el habla, es posible comprender el significado de las oraciones. Con el objetivo de explorar más fondo las relaciones semánticas con las sintácticas, Chomsky divide las ambigüedades en dos niveles que reciben el nombre de *estructura superficial* y *estructura profunda* (bien que su síntesis minimalista ya no sostenga este fraccionamiento). Otra división fundamental de la lengua, que permite el estudio de los componentes innatos del lenguaje, es la de *competencia lingüística* y la de *actuación lingüística*. La primera es la que interesa a la gramática generativa. Ella se estudia a través de la puesta en escena del discurso, o actuación, que lleva a cabo un *hablante-oyente ideal*, a saber, un sujeto que no comete ningún tipo de errores en su discurso. No hace falta aclarar que este es un concepto abstracto, pero sí que de él depende que la intuición lingüística tenga más peso que los datos sensibles.

A pesar de haber dado pie a los estudios biológicos de la gramática, Chomsky se abstuvo de desarrollar conjeturas con respecto a la emergencia filogenética de esta facultad. Puente y Rusell recuerdan a algunos de los más osados discípulos de Chomsky que no han atendido a su reserva, de entre los cuales Pinker recibe la mayor atención. Pinker ha intentado una fisiología del lenguaje que, además de tener como base los trabajos de Chomsky, se vale de los de Dawkins para dotar a sus razonamientos de una perspectiva evolutiva (ultradarwinista, habría que decir). Jenkis (2001) sigue a Chomsky muy de

cerca y se impide, tal como este, tratar el tema. Bickerton, por otro lado, que comparte con Pinker y Jenkins la ascendencia filosófica chomskiana, se vale de la teoría de los *equilibrios puntuados* de Gould y Eldredge para afirmar que el lenguaje emergió de una macromutación genética (“catastrofismo”).

Evitando profundizar en esta última línea, Puente y Rusell se proponen demostrar con la ayuda de algunos de los autores que han analizado los trastornos del lenguaje, la hipótesis innatista de Chomsky desde una perspectiva ontogenética. Afasias, dislexias y lesiones del hemisferio izquierdo son rápidamente miradas en aquello que pueden corroborar de la teoría de la gramática generativa. Además de la figuración de un periodo crítico para la adquisición del lenguaje, Lenneberg (1967) ha propuesto una serie de etapas o *hitos* bien definidos que sistematizan los datos observados en el proceso de adquisición de la primera lengua y que fortalecen en otro nivel lo que Chomsky había dicho de la aptitud del niño para hacerse de un lenguaje. Estos hitos son acompañados de un programa motor que se desarrolla paralelo al lenguaje y que, tanto como aquel, es inmune a las influencias del ambiente.

El apartado cuarto lleva el título de “Lenguaje y cognición”. En este se enfrentan de nuevo las hipótesis del innatismo y la que tiene al aprendizaje como pilar, solo que esta vez la relación pensamiento-lenguaje es el telón de fondo. Piaget, quien ha estudiado el desarrollo del habla en el niño, es contrapuesto a Chomsky. La incompatibilidad entre ambos no es ciertamente trivial. Para Piaget el lenguaje es un reflejo del pensamiento y de la capacidad simbólica inherente al hombre y no su precursor. El pensamiento tiene también la forma de la experiencia visual, auditiva, olfativa, etc., así como la marca de las acciones vividas, pues estos son los elementos de que se vale la inteligencia práctica. Dado que la experiencia sensorio-motriz es tan rica, ella, piensa Piaget, determina la adquisición del lenguaje toda vez que las estructuras con que el niño organiza el mundo físico y social son las mismas que estructuran el lenguaje. Si bien Piaget acepta la existencia de una disposición congénita para tratar y organizar la información que llega a través de los sentidos, esta no es una jurisdicción única del lenguaje sino una facultad cognitiva general. Los *estadios* que Piaget propone registran las habilidades adquiridas tanto en el terreno de la lengua como en el del pensamiento y el del movimiento corporal.

Con base en los avances de la ciencia a propósito de la capacidad de representación, Puente y Rusell desestiman el alcance actual de la epistemología piagetiana. Piaget creía que la representación hacía parte de uno de los estadios superiores del desarrollo, de suerte que no estaría fijada genéticamente. De allí que su noción de “permanencia del objeto”, que se refiere a la competencia del infante para saber de la existencia de un objeto ausente, no aparezca sino entre los 12 y 18 meses (reacciones circulares terciarias del estadio sensorio-motor, según la jerga de Piaget). De esta capacidad depende la posibilidad del lenguaje, si entendemos este como una imagen, acción o concepto que se hace presente en la palabra. Con todo, estudios posteriores a los de Piaget han demostrado

que la habilidad de representación parece ser más una propiedad biológica que una construcción. Puente y Rusell citan varios ejemplos para aclarar este punto. El del neonato de dos meses que al ser apagada la luz continúa la búsqueda de un objeto antes percibido, es uno de ellos. Se concluye en este capítulo, luego de un buen ejercicio intelectual, que hay una recia disposición genética al lenguaje (considérese ésta sintáctica con Chomsky o semántica con Bruner), posiblemente organizada en ciertos estadios sensorio-motores y cognitivos que controlan la información que llega al niño. La información y la experiencia son, sin embargo, a menudo menospreciadas por Puente y Rusell quienes se basan en estudios concernientes a la poca inherencia del habla *maternés* en el desarrollo del habla del niño. El lenguaje es, según muestran, un órgano sin relación directa con la inteligencia o con otros instrumentos del pensar, evidenciado de esta manera el aprecio que tienen por Chomsky, por lo menos hasta aquí. Lo cierto es que sólo llegado el *Epílogo* los autores harán clara su distanciaci3n de la *gramática universal*, dado que el aprendizaje por asociaci3n y los procesos generales del pensamiento pueden explicar bastante bien la estructuraci3n de las lenguas (Seebach *et al.* 1994). La paradoja de Chomsky es que la lingüística algorítmica no ha podido siquiera describir las oraciones de una lengua específica cualquiera.

El siguiente capítulo, “Cerebro y lenguaje”, explora diferentes hipótesis que tratan con el umbral filogenético del lenguaje. El cerebro recibe mayor atenci3n en estas páginas que la industria prehistórica o la anatomía, pues a lo largo del libro se ha querido insistir en la idea de que el lenguaje es ante todo un órgano. De allí justamente que se preste tanto cuidado a las variaciones encefálicas sufridas en tiempos pretéritos; una suerte de paleoneurofisiología, si se puede utilizar el término. Fácil sería suponer, como sucede en la opini3n popular, que a mayor tamaño cerebral, mayor inteligencia y, en consecuencia, la presencia de un lenguaje. De cualquier modo, Puente y Rusell examinan la postura antípoda y concluyen que “cada vez hay más pruebas de que el cerebro de nuestra especie *Homo sapiens* era de mayor tamaño en el pasado que en la actualidad” (p. 181). Pero la reducci3n de tamaño es un proceso moderno y si en algo es enfático este capítulo es que la evoluci3n del hombre se ha dado primordialmente en términos de un crecimiento encefálico. El volumen cerebral de nuestra especie es tres veces mayor que el de un chimpancé de la misma talla. Más importante que el tamaño es, sin embargo, la organizaci3n cerebral. Conforme a la transformaci3n anatómica de los homínidos, el cerebro *Homo* fue perdiendo mecanismos que trataban con la informaci3n sensorial (salvo la audici3n) y las habilidades cinéticas y fue ganando en capacidades intelectuales. Esto es al menos lo que indica el particular desarrollo del neocórtex. Allí se han desarrollado los dispositivos de asociaci3n de las facultades motrices más finas y las actividades cognitivas de nivel superior. Ahora bien, al entrar en materia de los módulos cerebrales del lenguaje, Puente y Rusell exponen lo dificultoso que resulta atribuir a ciertas áreas precisas la habilidad lingüística. Las áreas de

Broca y Wernicke no agotan las funciones del lenguaje y la plasticidad cerebral revela que el programa lingüístico que determina la conducta del hombre es tan general que, de ser necesario y de encontrarse aún dentro del periodo crítico, el hemisferio derecho puede suplir al izquierdo en la administración del lenguaje (hipótesis de la *equipotencia* de Lenneberg). Aparte de los diferentes tipos de afasias, esta sección se ocupa de introducir los temas de la lateralización, las asimetrías de los hemisferios y el del predominio del uso de la mano derecha en el hombre. Este último aspecto es sin duda esencial y apenas comienza a recibir la atención que merece. La hegemonía del hemisferio izquierdo en las actividades motrices y lingüísticas es también la predominancia de la mano derecha en las actividades técnicas. Según estudios, los esquemas que *Homo habilis* seguía para la fabricación de sus utensilios enseñan que era diestro, lo cual es confirmado por los trazos que un área de Broca considerablemente desarrollada ha dejado al interior de su cráneo. Acaso sea esta la prueba de que el lenguaje ha sido la principal estrategia de supervivencia del hombre por al menos un millón de años. Aun así, hay que hacer notar que el proyecto de Puente y Rusell cede por momentos a las técnicas de la frenología. Su sentencia es la siguiente: “la cámara craneal se desarrolla de manera tal que asume la forma que el cerebro quiere adquirir; por lo tanto, la forma externa del cráneo reproduciría la forma interna cerebral” (p. 202). Tiempo atrás, no obstante, la paleoantropología ha desechado la hipótesis de que la masa cerebral tenga alguna influencia sobre la forma de la estructura corporal. Antes bien, el crecimiento del cerebro ha dependido del espacio que, producto de la disminución dental y de la bipedestación, ha quedado libre en la bóveda craneal. El tamaño del cerebro es un epifenómeno de la verticalidad (Leroi-Gourhan 1965).

341

Lo cierto es que no está claro quién fue el primer primate en hacerse de la palabra. La herramienta, alguna vez considerada el punto de ruptura de este enigma, parece haber perdido hoy su valor heurístico. Las pruebas de datación han mostrado que antes de que emergiera *Homo habilis*, el “hombre capaz de construir objetos”, ciertos artefactos rupestres eran ya parte de la economía de otros individuos. Probablemente pertenecientes a una variedad moderna de australopitecinos o, habría que agregar, a una especie de primate que siguió una línea evolutiva diferente a la nuestra. En efecto, en nuestros días se sabe que la fabricación y uso de herramientas no es una destreza exclusiva del hombre moderno o arcaico. No obstante, la estereotipación de la industria es un hecho al que solo *Homo sapiens* logrará imponerse. Ni *Homo habilis*, ni *Homo erectus* en más de un millón de años han logrado el despliegue técnico que *Homo sapiens* ha alcanzado en cuarenta mil. Este despliegue súbito en la producción de artefactos y materiales simbólicos fundamenta la idea desarrollada por Gould (1989) y Bickerton (1990) de que el lenguaje es un acontecimiento genético repentino. De acuerdo con Puente y Rusell, el lenguaje es el resultado fortuito de la conjunción entre el incremento cerebral y la nueva disposición del tracto respiratorio.

El capítulo sexto, que lleva por título “El mono gramático”, abandona temporalmente el estudio del cerebro para introducirse en el de la consciencia y la inteligencia que exhiben los comportamientos comunicativo, social y técnico de algunas aves y primates no humanos. El cometido es estimar qué pueden aportar otras especies a la reflexión sobre el origen de la conducta lingüística humana. La fórmula que se examina aquí es la siguiente: si la selección natural tiene algo que ver con el desarrollo de la facultad de lenguaje, debe existir algún precursor a partir del cual esta se ha desarrollado. Los chimpancés, entonces, nuestros parientes vivos más cercanos, deben dar cuenta de un dispositivo similar. Pero aquel espíritu particular de los años setentas y ochentas que llevó a que un gran número de primatólogos e investigadores entrenaran chimpancés en diferentes códigos simbólicos comprobó la distancia entre especies. Primero se ensayó un condicionamiento que esperaba respuestas orales. Luego, al comprobarse las limitaciones fónicas de los chimpancés, se decidió por instruirles en una lengua de señas o de códigos visuales artificiales. Pese a que los resultados fueron variables, ningún chimpancé sobrepasó el dominio de 700 signos y la comunicación lograda entre mascotas y entrenadores no superó, salvo ciertos casos excepcionales, el umbral instrumental y contextual. Pero la distancia entre especies no impide reconocer los puntos de encuentro (que son más) y los autores dejan claro que “nuestras capacidades lingüísticas están profunda y sólidamente arraigadas en las facultades cognitivas observadas en el cerebro de los simios” (p. 239). Una de estas facultades es la inteligencia técnica. Ella enseña que los animales son capaces de resolver problemas inéditos e, incluso, transmitir las soluciones a otras generaciones, forjando así fraccionamientos entre diferentes comunidades que se pueden tildar de culturales. Parece ser, según precisan Puente y Rusell, que el tamaño del neocórtex y el hiperestriato determinan las competencias de invención en las aves (Lefebvre 2002), y el del neocórtex las de los primates. La psicología ha logrado demostrar que los animales establecen *mapas mentales* que les permiten proceder en situaciones de la vida diaria. El mapa mental es una imagen global de la situación específica que permite hacer el cálculo de las alternativas. El conocimiento de lo exterior como una realidad implica, por lo demás, una división con lo interior. El animal no es más el representante de una simple acción instintiva y maquinal, es un ser que logra distanciarse para tomar decisiones sobre sus prácticas (que están ciertamente encaminadas a satisfacer necesidades orgánicas muy precisas). Podría aplicársele al animal, con cierta reserva, el axioma cartesiano *cogito ergo sum*. La *prueba del espejo* es, por ejemplo, una evidencia contundente de la autoconsciencia animal, al menos entre aquellos que son tan visuales como nosotros. Esta consiste en situar al animal frente a un espejo tras haber pintado una marca sobre su rostro; si el animal se detiene ante la marca y no asume su reflejo como la presencia de otro individuo, se deduce que es consciente de sí mismo.

La inteligencia social de los primates, junto con la técnica, ha recibido gran atención en el ámbito académico. Al interior de los grupos de la gran mayoría de primates se manifiestan jerarquías, alianzas, luchas por el poder, etc. Incluso Premack y Woodruff (1987) insisten en la existencia de una teoría de la mente en los chimpancés; atribución con la que Dennet (1999) no está de acuerdo y prefiere llamar “sistemas intencionales de segundo orden”. Puente y Rusell agregan al conjunto de las inteligencias sociales, la *inteligencia maquiavélica*, que además de ayudar a explicar el gran tamaño del cerebro de los primates antropomorfos, aclara una de las conductas sociales más importantes: el engaño. Esta conducta está asociada con las alianzas que se establecen en el interior de una comunidad y su propósito es lograr un equilibrio entre los requerimientos del grupo que benefician la supervivencia y los designios individuales. Justamente, el hecho de que ciertas llamadas, gestos o comportamientos de los primates no sea puedan descontextualizar, es el fundamento del engaño. Es el caso del macaco que hace un llamado de peligro para ahuyentar a un congénere que ha encontrado comida con la intención de apropiársela. El llamado de peligro requiere una reacción que no se puede postergar, so pena de convertirse en alimento de otro. De allí que facilite el timo. Entre las llamadas de los primates, las más estudiadas son las de los monos vervet. Estos monos tienen sonidos específicos para manifestar la presencia de predadores que atacan desde el aire, reptan o caminan. Una de las conclusiones más substanciales de las que dan cuenta Cheney y Seyfarth (1986, 1990) es que los monos vervet no emiten las llamadas en ausencia de compañeros o en presencia de un rival. También se le presta atención en este capítulo a la teoría del despulgamiento como comportamiento que cultiva la cohesión social en los primates (Dumbar 2001) más que una mera rutina de higiene. El lenguaje, propone Dumbar, es nuestro modo de despulgar.

343

“Itinerarios del lenguaje”, es el capítulo final del libro. Allí se trata la hipótesis de la divergencia lingüística a partir de un protolenguaje originario. Ciertamente este capítulo destaca por su disimilitud metodológica. Ello se debe a que tiene como base la lingüística comparativa y la clasificación de las lenguas. Pese a esta especificidad, también se comentan diferentes contribuciones realizadas por la genética (Cavalli-Sforza), la arqueología (Renfrew y Bellwood), el estudio de los topónimos (Bynon) y la comparación multilateral (Greenberg) al esclarecimiento de cómo se dio la expansión de las lenguas y cuál fue la primera. A estos propósitos se encaminan las definiciones de las diferentes variedades lingüísticas, tales como la *estandarizada*, *artificial*, *pidgin*, *vernácula*, *criolla* y *dialecto*, así como los atributos de *historicidad*, *vitalidad* y *autonomía*. Los autores hacen notar la relevancia de los aspectos económicos (el inicio de la agricultura) y políticos (guerras e invasiones) que atraviesan no solo las definiciones sino también los impulsos que dieron lugar a la dispersión y enriquecimiento de las lenguas. Los criterios de clasificación pueden restringirse a dos: el genealógico y el sintáctico. Ambos han dado origen a escuelas aisladas

que, sin embargo, comparten el mismo problema: la mutabilidad de las lenguas y la insuficiencia de documentos históricos escritos. Con relación al origen del lenguaje Bickerton (1990) opina que ha sido súbito. Para ello hace una analogía, quizá extremada, entre la ontogenia y la filogenia del lenguaje. Si como nos muestra el cruel ejemplo de la esclavitud del siglo pasado, cuando gentes de diversas procedencias han sido juntadas en torno a un trabajo, han debido crear lenguas con elementos prestados de los códigos maternos de los expatriados y del lugar al que llegan para poder comunicarse. Estas lenguas son llamadas *pidgin*. Tras unas cuantas generaciones estas lenguas gramaticalmente pobres, se convierten en lenguas criollas que son lenguas propiamente dichas. Bickerton sostiene que algo similar sucedió en el origen del lenguaje. De un no-lenguaje se pasó rápidamente a un protolenguaje, así como de un *pidgin* se pasa a un *creole*. Se presume que este protolenguaje emergió hace un millón y medio de años con *Homo habilis* y *Homo erectus*, homínidos cuyo cerebro y comportamiento fueron muy similares a los nuestros. Ahora, si bien la aparición del protolenguaje fue repentina, la del lenguaje fue un proceso lento de acumulación de palabras, nombres, pronombres, marcadores de tiempo, etc. Así pues, a modo de conclusión general, podemos decir que Puente y Rusell han logrado mostrar con lucidez la ardua labor detectivesca que implica la búsqueda del origen de aquella facultad que nos hace humanos. Mucho camino se ha recorrido desde los tiempos del rey egipcio Psamético I, pero la pregunta sigue sin respuesta.

Referencias bibliográficas

- BICKERTON, D. (1994). "Origin and Evolution of Language". En ASHER, R. y J. M. SIMPSON (eds.). *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, vol. 5. Oxford: Pergamon.
- . (1990). *Lenguaje y especie*. Madrid: Alianza Editorial.
- CHOMSKY, N. (1959). "A Review of B. F. Skinner's *Verbal Behavior*". *Language*, 35, No. 1, pp. 26-58.
- . (1968; 1977). *Lenguaje y entendimiento*. Barcelona: Seix Barral.
- . (1965; 1975). *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Alianza Editorial.
- CHENEY, D. L. y R. M. SEYFARTH (1986). "The recognition of social alliances by vervet monkeys". *Animal Behavior*, 34, 1722-1731.
- . (1990). *How monkeys see the world: inside the mind of another specie*. Chicago: The University of Chicago Press.
- DAMASIO, A. (2000). "Creación cerebral de la mente". *Investigación y ciencia*, enero.
- DENNET, D. (1999). *La peligrosa idea de Darwin*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

- DUMBAR, R. (2001). "El lenguaje crea el vínculo social". *Mundo Científico*, 224.
- GOULD, S. J. (1989). "Tires to sandals". *Natural History*, 8-15.
- HERÓDOTO. (1987). *Historia; Volumen II* (Libros III-IV). Trad. y notas de C. Schrader. Madrid: Editorial Gredos.
- JENKINS, L. (2001). *Biolinguistics. Exploring the biology of language*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.
- LEFEBVRE, L. (2002). "El inteligente seso de los pájaros". *Mundo Científico*, 230, IV.
- LENNEBERG, E. H. (1967). *Biological foundations of language*. New York: Wiley.
- LEROI-GOURHAN, A. (1965). *Le geste et la parole*. Paris: Albin Michel.
- PINKER, S. (2001). *El instinto del lenguaje: cómo crea el lenguaje la mente*. Madrid: Alianza.
- PREMACK, D.; G. WOODRUFF. (1987). "Does the chimpanzee have a theory of mind?". *Behavioral and Brain Science*, 4, 515.
- SEEBACH, B. S. et al. (1994). "A model of prenatal acquisition of speech parameters". *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 91, 7473-7476. 345
- SKINNER, B. E. (1938). *The behavior of organism: An experimental analysis*. New York: Appleton Century-Croft.
- . (1957). *Verbal behavior*. New York: Prentice Hall.
- WAAL De, F. (1993). *La política de los chimpancés. El poder y el sexo entre los simios*. Madrid: Alianza Editorial.
- WHORF, B. L. (1941). "The relation of Habitual Thought and Behavior of Language". L. SPIER (ed.). *Language, culture, and personality*. New York: Wiley.